

Patria chica

Una pincelada de la promoción 1984/1985

Antonio Gómez Bernal

desde Salamanca

Un día tocaba merienda de bocadillo de mortadela con aceitunas y otro de pan con chocolate de las manos de Concha Saráchaga o de Prado Romero, aquellas entrañables jefas de comedor. Cualquier menoscabo disciplinario en el aulario setentero era *sardineta* tangencial al culo a diez metros por segundo con la *porrilla* de Pablo Morales. —"Todo es física, chavales"— espetaba desde su cátedra de matemáticas Gregorio García Goyo entre brumas de vinillo tras las gradas del patio—: nos acaba de ganar a las canicas en los guas. Fuerza desbocada de balones triples que rebotan lanzados desde una línea que entonces estaba a 6,25 metros de la canasta: Antonio Víctor Rivas pone a punto a sus muchachos.

Al pararse un instante en el I Centenario y volver la vista a aquellos años, sólo quedan algunos de esos retazos: *Cultura es lo que resta cuando se ha olvidado todo*. Queda Antonio de la Torre, el entrañable *setas* que nos obligó a *trabajar para no trabajar* memorizando los cuadrados y los cubos de los veinte primeros números. Queda el *dictée préparée* en el encerado aprovechando minutos del recreo del mil veces didáctico Claudio Pardo, cuyo cadáver fue para muchos de nosotros el primero que vimos en la niñez en una capilla que ya no existe.

Pasan volando los mediodías para los *mediopensionistas* cuyo selecto placer era salir del comedor absorbiendo el zumo directamente de la naranja con cáscara partida por el ecuador. Energía para aguantar espontáneos partidillos de balonvolea con la apuesta señorita Isabel Maldonado. Tan volando como lentas se hacían las semanas para los internos venidos de cualquier rincón de una de las más extensas provincias del país: régimen cuartelero del prefecto Ezequiel Varona, *el sapo* para las crónicas. Ese hombre que sabía auparse sobre

sus punteras y hurgaba como nadie los canales auditivos a base de bolígrafo *Inoxcrom*.

Ruidoso bricolaje que se dio en llamar *pretecnología* nos hizo hábiles con las manos bajo la mirada de *el muerto*, Enrique Muñoz; la mejor caligrafía del mundo, la de *el botellín*, ese mítico Enrique Aguilera, llenaba los folios, incómodamente mayores que nuestros DIN A4, que vomitaba a cualquier hora la multicopista de clichés de cera al fondo de la secretaría.

¿Quién no ha metido los dedos en la nariz al busto del beato (trasplantado ahora cara a la ampliación del nuevo colegio)? En el mismo sitio donde cada curso el tiempo se paraba para siempre posando todos juntos delante de un fotógrafo oficial. Bueno, todos juntos no: algunos se nos fueron a mitad de camino. Unos a otros colegios, a otras ciudades. A un puñado se los llevó para siempre la desgracia o la enfermedad. Siempre los llevaremos adentro.



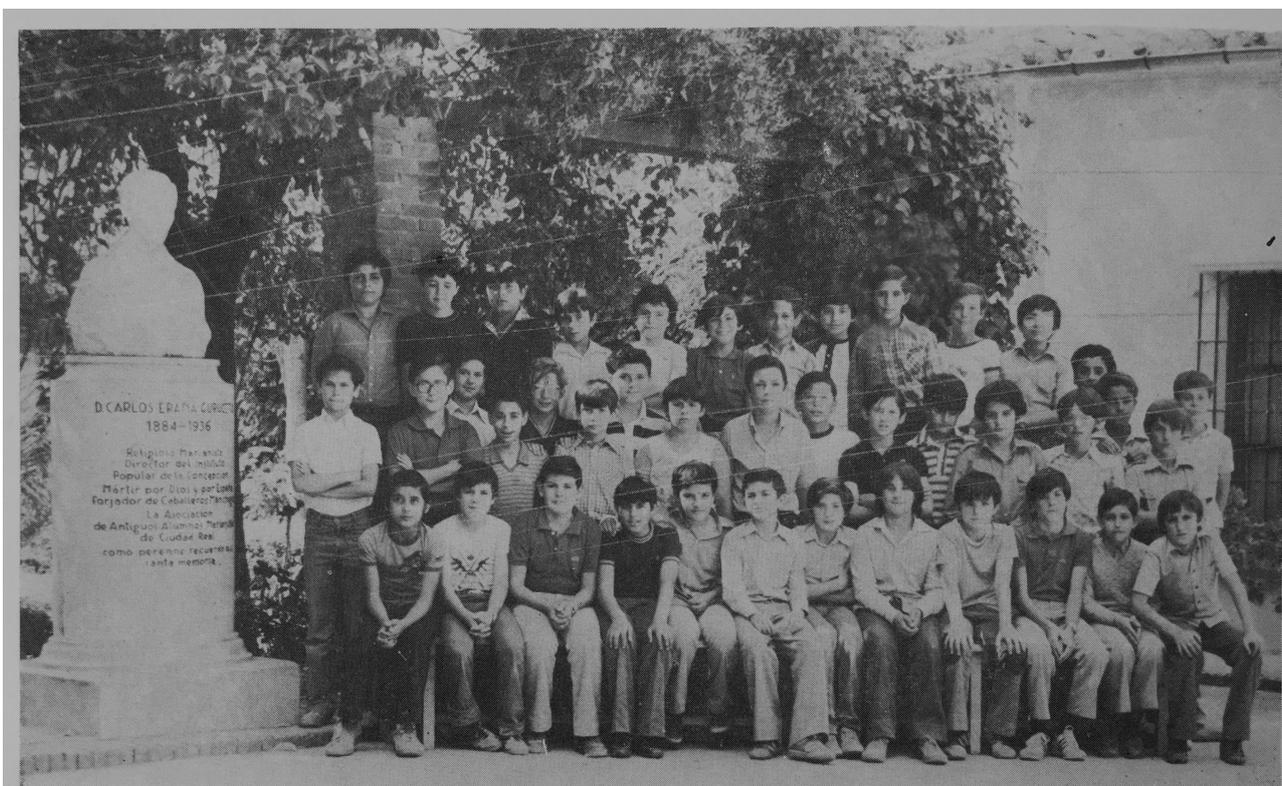
6.º A de E. G. B.

Primera fila.—José Infante, Jesús Blanco, Javier Cñate, Francisco Javier Alemany, José Luis Caminero, Manuel Estrada, Alberto Gómez, Juan Pablo Flores, Francisco Javier Puerta, Vicente García, Luis Llorens, Fernando Galbis.

Segunda fila.—Don Antonio Víctor, José Campos, Juan C. Fernández, Luis Manuel Puebla, Jaime González, Francisco Javier Alcázar, José Carlos Flores, Bibiano Javier Alañón, Samuel Velasco, Luis Carlos Martín, José Antonio Piñero, Angel Fuentes, Germán García, José A. modóvar, Miguel García, Fernando Moreno, José Antonio Patiño.

Tercera fila.—Miguel Fernández, Lucio Villegas, Ignacio Palomino, Angel Navas, José Angel Ortega, Jorge Cristóbal, José Ramón Monescillo, Javier López-Tola, José Luis Blanco, Vicente Muñoz, Luis Carlos Chacón, Angel González, Jaime Plaza, José Luis Herencia.

Nota.—Falta: Luis Manteca.



6.º B de E. G. B.

Primera fila.—Fernando Martínez, Antonio Vidal, Marcial Magallares, Carlos Pérez, José Vicente Muñoz, Luis Ayala, Angel Zamorano, Carlos Higinio Hervás, Augusto Moreno, José Manuel Mesa, Antonio José Coll, Eloy González.

Segunda fila.—Luis Parra, Jorge López, Pedro Aliseda, Eduardo Romero, José Manuel González, Francisco Javier Reyes, Juan Noblejas, Alfonso González, Carlos Frías, Bienvenido Amorós, Manuel Tabasco, Francisco Guijarro-Sánchez, David Céspedes, Félix Plaza, Carmelo Ordóñez, Eduardo López-Guerrero, Isidro Mendoza.

Tercera fila.—Gregorio Alcázar, José Alfredo León, Enrique García, Eduardo Avila, Bernardo Sevillano, Francisco Javier Tristán, Alfonso Fernández, Antonio Núñez, Antonio Gómez, Juan Luis Bravo, Félix Estrada, José Sánchez.

Nota.—Falta: Pedro Francisco Delgado.

Vestuarios sin agua caliente, lumbalgias pasajeras jugando a *churro-mediamañangomangotero*, ruinas de una piscina sobreelevada de otro tiempo, árboles que daban *palodú* o *pan y quesillo*; espalderas sin tablas a las que nos encaramábamos con fantasías de los dibujos animados y de las series de aquella *prototelevisión*; éxitos en balonmano con el *Caserío Vigón*; las miradas severas de los directores Antonio Ibáñez *Harold* —récord de

años destinado en la Casa— o de Ramón Ramos *el rarra*, cuando nadie sabía qué quería decir *jefe de estudios*. Todo se entremezcla.

Aprendimos dónde estaba Périgueux, Mussidan y Burdeos de la mano de tebeos de Chaminade. Supimos que había muchas franquicias marianistas y asistimos a la primera *Olimpiada*, cuando todavía nadie nos había explicado la diferencia con *Juegos Olímpicos*.

Imposible dejar en el tintero la temperatura de las clases de griego en *la nevera*, el aula implementada en el jardín adonde acudía *el panzanegra*, Ángel Giménez de los Galanes, cuando aún la sotana asomaba a los fondos de armario.

Olvido Domínguez *la forgotten* circunspecta, mira desde su puesto de la biblioteca del tercer piso; Antonio Cortés desde la portería y desde la estridente y rudimentaria megafonía. Las *monjitas* Desposorios Ferrero o Herminia González esperan escépticas nuestras heridas infantiles en aquella remota enfermería.

Guadalupe Fernández nuestra hambre voraz apiñados en los recreos en la ventanilla del bar. Eliseo Mata desde la eternidad de su bondad y aroma a *juanolas* nuestras huchas del *DOMUND* repletas cada octubre de unas monedas en pesetas que rápidamente engrosarían nuestro primer índice *Dow Jones*: el *mural de los termómetros*, que se hacía con cartulinas pegadas al panel a base de engrudo de harina y agua templada. Palabra.

Nadie ya nos quitará tantos recuerdos como el de las bodas de oro del Colegio en 1979 o el de viajes de estudios, como aquella semana primaveral de 1983 por Galicia con todos los gastos pagados porque sencillamente nos había tocado el coche del sorteo de las papeletas con que pretendíamos financiarlo.

La sonrisa bajo el pelo blanco del eterno administrador Donato Bolinaga asomado a la ventana de la librería improvisada, que se abría sólo unos minutos cada tarde antes de clase en los bajos de la fachada sur del edificio antiguo, nos trae *flashes* de cuadernos de alambre espiral con membrete del centro y láminas de dibujo que

en pocos instantes vestirían borrones de tinta china y certeros trazos de *Rotring* fabricados en Hamburgo (¿sabíais que significa 'el círculo rojo', *rot ring*?).

El mote, ese icono de la antroponimia, igual que el refrán condensa la sabiduría o uno conoce su ciudad más por bares y tiendas que por los nombres de las calles, nos desliza en cascada a las audiciones musicales de Mari Luz Calahorra *la Cira*, al amor por la literatura de Juan José Arranz *Juanjo el condón*, o por la lengua de Francisco Monteagudo *el mula Francis*, a las traducciones del pop inglés de los ochenta de Asunción Sánchez *la pícara viborita*, al toque maestro con el tenis del viejo director Buenaventura Barrón *el pataleto Mortadelo*... Pasan como fotogramas efímeros José Antonio Sánchez *el bigotes* preparando una excursión a la dorada capital del Tormes que tan bien conocía, o Jesús Ayuso *el carahuevo*, a quien, en sus propias palabras, *pasábamos de voltios* agotándole la paciencia... Ay, esas resacas aflorando en las mañanas de viernes en los ojos de Carlos Antonio Barraión *el sarasa*, o ese

tacón apoyado en el suelo con la puntera en vaivén de María Isabel Rivas *la Isa*, que no perdonaba ningún final de frase sin añadir el mismo *¿Vale?* castizo que décadas después hizo suyo por desgracia la Belén Esteban, ese paradigma de la vulgaridad.

Comerciales de *Nocilla* nos regalaron una tarde al salir *monodosis* de su saturadísima grasa de palma con aditivos de avellana: nos habían *fidelizado* para siempre. El resto de los días el quiosco empotrado junto al bar *Castellanos* en la casa baja del número trece (a la sazón) de la manzana que separa el Colegio de la ronda nos abrevaba de *petazetas*, chicles *Cheiw* y chupachups de *Kojak*. Bueno, y de todo lo que uno puede ver en el *blog* y en los libros del *bestseller* *Yo fui a EGB*.

Es injusto sustraerse a la revista *Ímpetu*, los premios *Óscar* en las fiestas, que a preescolar con su patio de arena vallado lo llamasen *jardín de infancia*, que un sauce llorón nos mirara a diario frente a las fuentes donde gastábamos bromas a los compañeros que bebían

apretándoles la cabeza contra los pitorros. ¡Y no nos pasaba nada!

Cada árbol del patio era el punto inicial de la fila de cada curso para entrar al aula todas las mañanas; las escaleras metálicas al contrario: un seísmo de diez en la escala de Richter cuando se trataba de salir de ellas compitiendo al son de grandes timbres destemplados: *El primero rey del cielo... el tercero come mierda en un puchero...*

Jesús Sancho *el soso* nos dejó bien claro el lenguaje de las tablas donde *a más de una hora, señora, las siete y media es un juego* y donde *los sueños sueños son*.

Y, hablando de lo irreal, como nos hacían leer las correrías de *los cuatro, los cinco y los siete*, algunos nos aventurábamos en los sótanos de la arqueta de bombas del pabellón de clases colándonos bajo las rejillas ahítas de arañas, reptábamos en su forjado perdido bajo el pasillo de la planta baja lleno de monedas o bolígrafos caídos para siempre o, por el contrario,

hurgábamos en el inmenso desván para asomarnos por los dos ojos de buey de los frontones. Contraseña para acceder a ellos: había que meter la mano por las gateras al final de cada una de las escaleras y ahí, oh sorpresa, como en esas novelitas de misterio de Enid Blyton, ¡estaba colgada la llave!

De aquellas incursiones hacia lo mágico interior, con permiso de *Harry Potter*, un grupo de sabuesos encontramos y pusimos a disposición de Ángel Rivero *el Angelillo* los huesos de mastodonte arrumbados que Fidel Fuidio había recolectado en los años previos a la Guerra Civil por el Campo de Calatrava.

En otra ocasión yo mismo me encargué, tras el derribo, de ir a la calle de la Mata a retirar un ladrillo encarnado macizo de lo poco que quedaba de la fachada del *Instituto Popular de La Concepción*, la *Popular*, y lo deposité, envuelto y rotulado, sobre las vitrinas de trofeos de la sala de visitas que había contigua a la secretaría. Le he perdido la pista a este fetiche que quizá pueda ser un bonito referente material

de aquellos primeros religiosos que acudieron en 1916 a hacer su labor en Ciudad Real.

El entusiasmo en la mirada de Juan Ayuso; la impoluta presencia de Carlos Roso; el espíritu crítico de *el bombonilla*, Alfonso González, al volante de su *seíllas* que pronto cambió por un *R5* porque –bromeábamos– *la filosofía no tiene límites*; el escepticismo bonachón de *el tocino*, Joaquín Antonio Fernández-Pinilla; la alocada didáctica físicoquímica de *la pelos*, Ana María Sánchez-Migallón; el cariño sin paliativos de *Mariasun* Pérez; y, cómo no, el garbo de realeza británica de Juliana Serrano haciéndonos amar la lengua de Cicerón...

Me tengo que ir. Tengo un embudo de recuerdos, igual que todos vosotros. Pero esto es como los premios *Goya*: te dan un minuto y hay que despedirse.

Dondequiera que estéis cada uno, compañeros, recordad que la patria de un hombre es sólo su infancia: la que tuvimos en el 15 (entonces) del paseo de Carlos Eraña.